

NIKOS KAZANTZAKIS

CRISTO DE NUEVO
CRUCIFICADO

TRADUCCIÓN DEL GRIEGO MODERNO
DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2018



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Ο Χριστός ξανασταυρώνεται*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Niki Stavrou
© de la traducción, 2018 by Selma Ancira Berny
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

Para la realización de esta obra, la traductora recibió
el apoyo económico de la Casa del Traductor de Looren, Suiza,
y de la Casa del Traductor de Venstpils, Letonia

En la cubierta, fragmento de la talla *Majestad Batlló* (s. XII)

ISBN: 978-84-17346-32-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 24 309-2018

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

El agá de Likóvrissi, sentado en su balcón sobre la plaza del pueblo, está fumando su pipa y bebiendo rakí. Cae una llovizna plácida, delicada, y de sus espesos mostachos retorcidos, recién teñidos de negro, cuelgan varias gotas relucientes. Y el agá, acalorado por el rakí, las lame para refrescarse. A su derecha, de pie, está su criado, un fiero anatolio primitivo, bizco y feo, con su corneta. A su izquierda, un hermoso y rollizo mozalbete turco que, sentado con las piernas cruzadas sobre un cojín de terciopelo, le enciende la pipa de cuando en cuando y le llena constantemente la taza de rakí.

Entrecierra el agá los adormilados ojos y se alegra de este mundo. «Bien ha hecho Dios las cosas—piensa—. Le ha salido bien este mundo, no falta nada: si tienes hambre, hay pan y carne guisada y arroz con canela; si tienes sed, hay el agua de la inmortalidad, el rakí; si tienes ganas de dormir, Dios ha hecho el sueño, justo lo que hace falta para la modorra; si te enojas, ha hecho el látigo y el trasero de tu súbdito; si te invade el desconsuelo, ha hecho el *amané*.¹ Y si quieres olvidar el mal de amores y las penas del mundo, ha hecho a Yusufaki».

—¡Buen artesano es Alá—murmuró conmovido—, buen artesano, un maestro! Se devana los sesos: ¿cómo se le habrá ocurrido inventar el rakí y crear a Yusufaki?!

Se empañan los ojos del agá por fervor religioso y por el mucho rakí que ha bebido. Se asoma por el balcón y se regodea con los súbditos que pasean en la plaza, recién afeitados, vestidos de fiesta, con sus anchas fajas rojas, sus recién

¹ Canción popular que repite el estribillo «*amán, amán*» y por eso se llama *amané*. La palabra *amán* deriva del turco y quiere decir 'paz'. (Todas las notas son de la traductora).

lavados zaragüelles y sus polainas de color azul celeste. Algunos llevan fez, otros turbante, otros un gorro de piel de cordero. Los más gallos llevan en la oreja una ramita de albahaca o un cigarrillo.

Es martes de Pascua, acaba de terminar la liturgia. El día es agradable, apacible, hay sol, está lloviznando, las flores de los limoneros aroman, los árboles están retoñando, la hierba resucita, Cristo resurge en cada terrón de tierra. Pasean los cristianos por la plaza, los amigos se encuentran, se abrazan, se dicen el uno al otro «Cristo ha resucitado» y luego se sientan en el café de Kostantís o debajo del gran sicomoro en medio de la plaza, piden narguilés y cafés y, como una lluvia rala, comienza la dulce cháchara.

—Así ha de ser también el paraíso—dice Jarálambos, el sacristán—. Sol tenue, llovizna plácida, limoneros florecidos, narguilés y palique por los siglos de los siglos.

En el otro extremo de la plaza, detrás del sicomoro, se alza recién encalada, con su gracioso campanario, la iglesia del pueblo, la de la Crucifixión de Cristo. Su puerta está hoy adornada con palmas y laureles. En derredor están las tiendecitas y los talleres del pueblo: la albardería del huraño Panayótaros, al que también llaman Zampayeso, porque una vez trajeron al pueblo una estatuita de yeso de Napoleón y se la comió. Y tiempo después trajeron otra, de Kemal Pachá, y también se la engulló; y luego trajeron la de Venizelos, y ésa también acabó zampándose. Al lado está El Erotócritos, la barbería de Antonis, que tiene un rótulo con grandes letras rojo sangre colgado encima de la puerta: «¡También se sacan muelas!». Más allá, la carnicería de don Dimitrós, el cojo: «Cabecitas frescas, Herodías».¹ Todos los sábados mata un ternero, pero antes de degollarlo le dora los cuernos, le pinta la frente, le pone cintas rojas al cuello y, renquean-

¹ Referencia irónica a la historia evangélica de Herodías, la madre de Salomé, cómplice con su hija de la decapitación del Bautista.

do, lo pasea por el pueblo pregonando sus virtudes. Y finalmente está el celeberrimo café de Kostantís, angosto y largo, fresco, que desprende olor a café y a picadura para narguilé y a salvia en invierno. Y en su pared derecha hay colgadas, orgullo de la aldea, tres relucientes grandes litografías: por un lado Genoveva medio desnuda en un bosque tropical; por el otro, la reina Victoria, gorda, de ojos azules, con un enorme pecho de nodriza; y en medio, fiero, de ojos grisáceos y airados, con un gorro alto de astracán, Kemal Pachá.

Todos son buenas personas, laboriosos, jefes de familia responsables. La aldea es rica, y su agá un buen hombre él también, apasionado amante del rakí, de los olores fuertes—el almizcle y el pachulí—y del rollizo mozalbete turco que está a su izquierda sentado en el cojín de terciopelo. Ahora contempla a los griegos, como el pastor mira complacido a las ovejas y a los corderos bien alimentados.

«Son buenas personas—piensa—. Este año también colmaron mi despensa de regalos el día de Pascua: quesos, rosas espolvoreadas con sésamo, tsourekis,¹ huevos pintados de rojo... Uno, que Dios lo bendiga, me trajo un cantarito con almáciga de Quíos para mi Yusufaki, para que la mastique y le huela perfumada su boquita...», y lanzó una mirada tierna al muchachito, rollizo y amodorrado, que estaba mascando almáciga.

Y mientras piensa en su despensa llena de bienes, y la llovizna continúa, y las piedras brillan, y los gallos comienzan a cantar, y a su lado, acurrucado a sus pies, Yusufaki masca almáciga y chasquea complacido la lengua, el agá siente de pronto que su corazón se desborda, alza el cuello y hace ademán de entonar un *amané*, pero le gana la pereza. Se vuelve entonces hacia su criado y le hace un guiño para que haga

¹ Pan dulce que se hace sobre todo por Pascua.

sonar su corneta y acalle al pueblo. Luego se vuelve a la izquierda:

—¡Cántame, Yusufaki, sé bueno, cántame el «*Dünya da bir, rüya da bir, aman, aman!*», cántamelo, porque si no voy a estallar.

El rollizo muchachito se saca sin prisa la almáciga de la boca, se la pega en la rodilla desnuda, pone la mano derecha sobre su mejilla y entona el *amané* preferido de su agá: «*¡Mundo y sueño forman uno, amán, amán!*».

La voz apasionada y zalamera subía, bajaba, zureaba como la de una paloma. Y el agá entornaba los ojos y durante todo el tiempo que duró el *amané* estuvo en tal estado de embeleso que se olvidó de beber.

—El agá está de buen humor—murmuró Kostantís, mientras servía los cafés—, bendito sea el rakí.

—Bendito sea Yusufaki—dijo sonriendo con amargura Yannakós, el vendedor ambulante y cartero del pueblo, con su rizada barba blanca, corta y redondeada, y sus ojos de ave rapaz.

—Bendito sea también el destino ciego que lo hizo a él agá y a nosotros súbditos—murmuró Hadzi Nikolís, el hermano del pope, que hacía de maestro en el pueblo; esmirriado, con gafitas y con una gruesa nuez que subía y bajaba en su garganta cuando hablaba.

Se acaloró, se acordó de sus antepasados y suspiró:

—En el pasado—siguió—estas tierras pertenecían a los nuestros, los griegos. Luego giró la rueda y llegaron los bizantinos, también ellos griegos y cristianos. Volvió a girar la rueda y llegaron los turcos... ¡Pero Cristo resucitó y nuestra patria también resucitará! Kostantís, ¡una ronda para los muchachos!

Cuando el *amané* terminó, el mozalbete se volvió a meter en la boca la almáciga y comenzó de nuevo a rumiar amodorrado. Volvió a sonar la corneta. Ahora los súbditos podían reír y gritar libremente.

El capitán Borrasca, uno de los cinco demogerontes¹ de la aldea, asomó por la puerta del café. Alto, corpulento, antiguo naviero, había surcado durante años el mar Negro transportando trigo ruso y haciendo contrabando. Su cara no tenía ni un pelo; era lampiño, moreno cobrizo, curtido, con profundas arrugas y ojos pequeños y muy negros que lanzaban chispas. Se había hecho viejo, igual que su barco se había hecho viejo y había naufragado una noche enfrente de Trebisonda, y el capitán Borrasca, malogrado, hastiado, volvió a su pueblo para beberse todo el rakí que pudiera y, cuando llegara el momento, volver la cara a la pared y morir. Demasiado habían visto ya sus ojos, estaba harto; no, no estaba harto, estaba cansado, pero le daba vergüenza confesarlo.

Hoy llevaba puestas sus altas botas de capitán, su impermeable amarillo y su gorro señorial, de astracán auténtico. Llevaba además su bastón alto, el de demogeronte. Dos o tres aldeanos se levantaron para invitarlo a tomar un rakí.

—No tengo tiempo, muchachos, ni para un rakí—dijo—. ¡Cristo ha resucitado! Voy a la mansión del pope, donde tenemos una reunión de notables. Que dentro de una hora lleguen aquellos de vosotros que han sido invitados; que se persignen y vayan para allá. Ya lo sabéis, hoy tenemos trabajo. Y que alguien se ocupe de llamar a Panayótaros, el albartero de la barba de diablo, ése nos hace mucha falta.

Guardó silencio un momento, sus ojos se entornaron maliciosos:

—Si no está en su casa, estará en casa de la viuda—dijo, y todos soltaron la carcajada.

Pero el viejo Jristofís, el arriero, que de joven había aprendido, aunque lo hubiese pagado caro, qué es un flechazo, saltó:

—¿De qué os reís, zoquetes?—gritó—. Hace bien, ¡fuego

¹ Notable del lugar, persona respetable en la tradicional organización social de las aldeas.

a los cañones, Panayótaros! Y no les hagas caso. La vida es poca y la muerte mucha, ¡levad anclas!

El gordo Dimitrós, el carnicero, movió su recién rasurada cabeza:

—¡Larga vida le dé Dios a nuestra viuda Katerina!—dijo—. ¡Sólo el diablo sabe de cuántos cuernos nos libra!

El capitán Borrasca rio.

—Pero, muchachos—dijo—, no os peleéis. Toda aldea necesita una pelandusca para que las decentes no se metan en líos. Es, digamos, como una fuente de la calle: los sedientos pasan y beben; si no, el día entero estarían llamando a nuestras puertas. Y las mujeres, cuando se les pide agua...

Se volvió y vio al maestro.

—Hadzi Nikolíis querido, ¿sigues aquí? Pero si tú también eres un notable, y tenemos reunión. Hasta el café lo has convertido en escuela, termina ya la clase y vámonos.

—¿Voy yo también?—dijo el viejo Jristofís, guiñándole un ojo al grupo—. Sirvo para Judas.

Pero el capitán Borrasca ya había emprendido la subida, apoyando pesadamente su bastón sobre los adoquines. No se sentía bien ese día, las reumas lo martirizaban de nuevo y no había pegado ojo en toda la noche. Tempranito por la mañana se había bebido dos o tres vasos de rakí, a guisa de remedio; pero en vano, los dolores no cedían. Ni el rakí los ahuyentaba.

—¡Ah!, si no me diera vergüenza—murmuró—, si me pusiera a gritar tal vez amainarían; pero ¡ay!, mi maldito amor propio me lo impide. Y he de andar erguido y fingirme sonriente. Y si se me cae el bastón, no dejar que ningún cabrón me ayude a recogerlo, agacharme yo y levantarlo. ¡Aprieta los dientes, capitán Borrasca, muérdete los labios, abre las velas y orza, haz frente a las olas, no vayas a cubrirte de vergüenza! La vida también es una tormenta, ¡ya pasará!

Bramaba y maldecía entre dientes, tambaleándose. Se quedó quieto un momento, echó una mirada alrededor, nadie lo estaba viendo; suspiró y sintió un poco de alivio. Miró hacia

arriba y vio, encaramada en lo alto de la aldea, blanca y resplandeciendo entre los árboles, la casa del pope con sus porticones de color añil.

—¡Ese demontre de pope fue y construyó en lo más alto de la aldea!—dijo mascullando—. ¡Maldita sea!

Y reemprendió la subida.

A la casa del pope ya habían llegado dos de los notables y estaban sentados con las piernas cruzadas en el diván, en silencio, esperando a que sirvieran el tradicional agasajo. El pope había entrado en la cocina a dar órdenes, y Mariorí, su única hija, estaba preparando la bandeja con el café, el agua fresca y la fruta en almíbar.

Cerca de la ventana, ocupando el lugar de honor, estaba el primer demogeronte de Likóvrissi, de rancio linaje, gran señor, bien alimentado, con bombachos de fieltro, chaleco recamado en oro y un grueso anillo de oro en el dedo índice—su sello con las dos iniciales de su nombre en mayúsculas muy bien entrelazadas: G. P., Georgios Patriarjeas. Sus manos eran gordas y suaves, manos de obispo. Jamás había trabajado, tenía un montón de sirvientes y aparceros que trabajaban para alimentarlo. Y su tripa estaba cada vez más oronda, su trasero cada vez más gordo y más parecido al de una yegua, la panza le colgaba y la papada se desdoblaba en tres capas que se posaban, una detrás de la otra, sobre su pecho velludo y fofo. Le faltaban dos o tres dientes delanteros, otra tara no tenía, y cuando hablaba, ceceaba y tartaleaba. Pero hasta esta tara incrementaba su alcurnia, porque uno se veía obligado, cada vez que hablaba, a inclinarse para entender lo que decía.

A su derecha, en el rincón, desmirriado, con la ropa pringosa, de cráneo angosto, ojos legañosos y dos manazas gordas, cubiertas de callosidades, estaba sentado, recogido y apocado, el segundo notable, el hombre más taimado de la aldea, el viejo Ladás. Setenta años agachándose sobre la tierra, cavándola, sembrándola, cosechándola, plantando en ella olivos y

viñas, estrujándola y bebiéndose su sangre. Nunca, desde que era un chiquillo, se había separado de la tierra. Voraz, ávido, se abalanzaba sobre ella, le daba uno y le pedía mil, y jamás decía: «¡Bendito sea Dios!», no, más bien mascullaba, desagrdecido. Y cuando se hizo viejo, ya no le bastaba la tierra; cuanto más se acercaba a la muerte y sentía que ya eran pocas las hogazas que le quedaban por comer, más ambicioso se volvía. Empezó, pues, a prestar dinero a sus paisanos con intereses usurarios. Estos pobres le daban en prenda sus viñedos y sus casas, y cuando llegaba el momento de pagar, no tenían con qué, de modo que los sacaban a subasta y el viejo Ladás se los embuchaba.

Y éste no hacía sino quejarse y pasar privaciones, y su mujer andaba descalza, y cuando la única hija que había conseguido engendrar cayó en cama, enferma, la dejó morir con tal de no llamar al médico.

«Demasiado gasto—había dicho—, las grandes ciudades quedan lejos, ¡cómo vamos a traer a un médico! Y encima, ¿qué saben los médicos? ¡Mal rayo los parta! Aquí tenemos al pope, él entiende de antiguos mejunjes, le pagaré para que haga un santo óleo, ella se curará y todo saldrá más barato».

Pero las pócimas del pope no funcionaron, el óleo no surtió efecto, y la muchacha murió, a los diecisiete años, y se libró de su padre, y él también se ahorró los muchos gastos de la boda. Un día, pocos meses después de su muerte, se sentó a hacer las cuentas: la dote, tanto más o menos; los vestidos, las mesas, las sillas, tanto. Habría tenido que invitar a los parientes a la boda, y son de los que comen hasta atiborrarse. Súmale a eso la carne, el pan, el vino, tanto... Hizo la cuenta, un gasto tremendo, su hija lo habría desplumado. No importa, pues, de todas formas nos vamos a morir... Se libró de las congojas de este mundo: hombres, hijos, enfermedades, coladas... ¡Qué suerte tuvo, Dios la tenga en la gloria!

Entró Mariorí con la bandeja, saludó a los notables sin levantar la vista, se detuvo delante del dignatario. Pálida, de

ojos grandes, cejas juntas y bellas, con dos gruesas trenzas de color castaño enredadas alrededor de la cabeza. El viejo dignatario llenó a rebosar su cucharita de compota de cerezas, miró a la muchacha y levantó su vaso:

—¡Por tu boda, Mariorí querida!—brindó—. Mi hijo tiene prisa.

La hija del pope estaba prometida con su único hijo, Mijelís, y el pope presumía de la parentela que contraería y de que pronto tendría nietos.

—No puedo entender por qué tiene tanta prisa el bendito; no aguanta más, dice...—añadió riendo el dignatario y le guiñó un ojo a la muchacha.

Y ésta se puso roja hasta las orejas, estaba a punto de estallar, no conseguía articular palabra.

—¡Buenas nupcias!—dijo el pope Grigoris, entrando con una botella de vino moscatel—. ¡Con la bendición de Cristo y de la Virgen!

Fiero, robusto, con una blanca barba ahorquillada, bien alimentado, olía a incienso y a mantequilla. Vio a la muchacha ruborizarse y para cambiar de conversación preguntó:

—¿Cuándo casarás a tu Lenió?

Lenió era una de las hijas bastardas que el dignatario había tenido con alguna de sus criadas. La había prometido con Manoliós, su dócil y fiel pastor, y, a la manera de los grandes señores, le había dado como dote todo un rebaño de ovejas que Manoliós llevaba a pastar a la montaña de la Virgen, enfrente.

—Si Dios quiere—respondió—, uno de estos días. Lenió tiene prisa. Tiene prisa la bienaventurada; sus senos se han hinchado y quieren amamantar a un hijo. «Ya no tarda mayo—me dijo anteayer—, ya no tarda mayo, patrón, y tenemos que darnos prisa».

Soltó de nuevo una risa franca y sus papadas temblaron.

—Lenió tiene razón. En mayo—continuó—, sólo se aparean los burros. Tenemos que darnos prisa. Son sirvientes, pero no por eso dejan de ser personas.

—Manoliós es bueno—dijo el pope—, vivirán bien.

—También a él lo quiero como a un hijo—comentó el dignatario—. En una ocasión en que pasé por el monasterio de San Panteleimón, lo vi. Debía tener unos quince años. Entró con la bandeja al aposento del higúmeno para darme la bienvenida. Era un verdadero ángel, sólo le faltaban las alas. Mi alma se apiadó de él. «¡Qué pena—dije—que un joven tan gallardo se marchite en el monasterio cual eunuco!». Fui a la celda de su guía espiritual, el padre Manasís. Hacía años que éste yacía paralítico. «Anciano—le dije—, quiero pedirte un favor; y si me lo concedes, regalaré un candil de plata al monasterio». «Con tal de que no me pidas a Manoliós», repuso Manasís. «A él es justamente a quien quiero pedirte, padre mío, para tomarlo a mi servicio». El anciano suspiró. «Es como un hijo para mí—dijo—, no tengo nada que reprocharle. Me encuentro desvalido y desamparado, es mi única compañía; todas las noches le hablo de la vida de los ascetas y de los santos, él aprende y yo me entretengo». «Déjalo, anciano, que salga al mundo, que tenga hijos, que viva; y cuando se canse de la vida, que se haga monje». Finalmente conseguí que me lo diera y ahora yo le doy a Lenió. ¡Que llegue sin percances el momento de la boda!

—Hasta nietos te dará...—dijo el viejo Ladás riendo con malicia, y tomó con la punta de su cuchara una guinda, la masticó, bebió un sorbo de moscatel y deseó:

—Que nuestros trabajos se vean recompensados, que Dios nos proteja y no nos deje morir de hambre. Las viñas y las sementeras este año no están yendo bien, lo perderemos todo.

—Dios es grande—respondió con su vozarrón el pope— Dios es grande, viejo Ladás, ánimo. Apriétate el cinturón, no cometas abusos, la mucha comida es perniciosa. Y deja ya de ser tan desprendido, no despilfarres tus bienes entre los pobres.

El dignatario estalló en una carcajada, la casa se estremeció.

—¡Una limosna, cristianos, el viejo Ladás está muriendo

de hambre!—lloriqueó extendiendo su gorda manota como un mendigo.

Se oyó un andar pesado, la escalera crujió.

—Acaba de llegar el capitán Borrasca, el viejo lobo—constató el pope, y se levantó para abrirle la puerta—. Espera, Mariorí, no te vayas, ofrezcámosle alguna cosa. Voy a buscar un vaso de agua y el rakí. ¡Al vino él no se rebaja!

El capitán se detuvo un momento fuera de la puerta para tomar aliento; entró riendo, pero el sudor le bañaba la frente. Detrás de él apareció jadeando el maestro, que había corrido para alcanzarlo; llevaba el gorro en la mano y se abanicaba. En ese momento apareció también el pope con el rakí.

—¡Cristo ha resucitado, muchachos!—le dijo el capitán a los tres viejos.

Apretó los labios y se sentó, lo más ágilmente que pudo, en el diván. Se volvió hacia la joven:

—No quiero ni dulces ni cafés, Mariorí, eso es para las doñas y los vejstorios; con este vasito que vosotros llamáis vaso de agua me basta y me sobra. ¡Por tu boda!—dijo, y se lo bebió de un trago.

—Hoy es un gran día—dijo el maestro, sorbiendo el café—; no tarda en llegar el pueblo, tenemos que apurarnos a tomar la decisión.

Mariorí salió con la bandeja y el pope echó la tranca a la puerta. Su cara amplia y quemada de sol adquirió de pronto una majestad profética; bajo sus pobladas cejas, sus ojos relampagueaban. Comía bien este pope, bebía, soltaba leperadas cuando estaba de buenas y manotazos cuando se enojaba. Aun ahora que ya estaba viejo, miraba a las mujeres y la sangre se le alborotaba. Su cabeza, su pecho, sus riñones estaban a reventar de pasiones humanas. Pero cuando entraba en los oficios o cuando extendía la mano para dar una bendición o echar una maldición, un fiero viento del desierto soplabla por encima de él, y el pope Grigoris, el comilón, el borrachín, el pícaro se convertía en profeta.